

a Dios, aunque la mayoría de ellas ocurren en frases idiomáticas donde la palabra carece de sentido estricto. Pero en las *Noches lúgubres* (1771), en cambio, «Criador», «Ser Supremo» y «cielo» predominan, y hay que recordar que el empleo de «Ser Supremo» se consideraba poco ortodoxo por entonces, y más bien lo usaban los deístas que los católicos (53). Quizá Cadalso compartiera con Nuño en las *Cartas marruecas* su rechazo de la teología. «Adoro la esencia de mi Criador», dice este personaje cadalsiano, «traten otros de sus atributos. Su magnificencia, su justicia, su bondad llenan mi alma de reverencia para adorarle, no mi pluma de orgullo para quererle penetrar» (54).

Y sin embargo esta adoración del Criador no impide a Cadalso ni a sus personajes que se quejen a veces de la providencia divina y duden de la benevolencia de sus designios. En la tragedia de *Don Sancho García*, el noble cristiano Gonzalo, al saber la intención que tiene la condesa de matar a su hijo, espera que el cielo no tolere tal delito:

*¡Oh cielo santo!  
no sufra tu bondad delito tanto.  
Lo impediré, te juro. Ya me siento  
del cielo vengador, noble instrumento  
para impedir el crimen meditado* (55).

Elvira, en cambio, no tiene tanta confianza:

*Cuando miro a Don Sancho, y considero  
llegar al sacrificio este cordero;  
cuando contemplo al cielo tolerarlo,  
y tu pecho, señora, proyectarlo,  
dudo si fuiste origen de su vida,  
dudo si el cielo de los hombres cuida,  
y pregunto, ¿por qué el mortal sujeto  
es del ciego destino triste objeto?* (56).

Al final de la obra, es evidente que Dios interviene y que estas dudas expresadas por Elvira no son justificadas. Como el mismo Cadalso lo dice en el argumento al principio de la obra: «El Cielo, visible y único juez de los soberanos, dispone que la condesa beba el veneno que sus impías manos habían preparado para su hijo.»

---

(53) Esto se podría deducir de los comentarios hechos por Fray Manuel Gil a una Carta pastoral del padre Trujillo (1785) en la que este último emplea la locución «Ser Supremo». Véase el manuscrito 18264 de la Biblioteca Nacional, F. 114, V.

(54) *CM*, 33. Más escueto es lo que dice el catedrático en *Los eruditos a la violeta*: «Dios es incomprendible. Ergo es inútil la teología» (*EALV*, 96).

(55) *DSG*, 50.

(56) *DSG*, 56-7.

Pero la justicia de Dios se pone más abiertamente en tela de juicio en la otra tragedia de Cadalso —*Solaya o los circasianos*—, cuyo texto sólo fue dado a conocer muy recientemente, y que no pudo representarse en vida del autor. En esta obra, Solaya, que pide ayuda y dirección al cielo en la octava escena del Acto segundo, se queja luego porque Dios la ha hecho sensible:

*¡Cielos tiranos! que en mi pecho tierno  
ponéis todas las furias del infierno  
¿por qué me dais un corazón sensible,  
si tan inmenso mal es insufrible? (57).*

Solaya repite la idea de la injusticia del cielo al final del mismo parlamento, y más adelante en la misma escena del Acto tercero ruega a Dios que le dé muerte para que escape de tan triste suerte.

Tales actitudes podrían aceptarse en una obra ortodoxa si se admitiera luego que la pasión amorosa aparta a Solaya del camino de la virtud. Pero no es ésta la tesis de la tragedia. Al contrario, parece demostrarse que la pasión es buena, ya que una falta de sensibilidad convierte al hombre en fiera. Además, los amores entre Selín y Solaya, fuera del matrimonio, parecen una expresión legítima de dos personas buenas, mientras que la crítica de sus amores, desde la perspectiva de la honra familiar, que al final conduce a la muerte de Solaya y Selín, refleja una actitud violenta y nada humana. En el Acto quinto, Solaya reitera la idea de que el cielo es injusto por hacer que el hombre sea sensible:

*Si no es delito amor, muero inocente...  
Y si es delito... oh, ¡cielo soberano!  
¿por qué hiciste sensible al pecho humano?  
¡Ay! ¿Quién puede vencer su fortaleza? (58).*

En *Solaya*, sea la que fuera la posición del autor respecto a Dios, es evidente que hay una actitud moral poco convencional. Las relaciones amorosas entre Solaya y Selín humanizan a este último. Y se asevera que sólo pueden rechazar los deleites del sexo quienes no los hayan probado. No estamos muy lejos, al parecer, de la posición de Olavide con respecto a la sexualidad.

Continúan las ideas heterodoxas de Cadalso en las *Noches lúgubres*. La acción de Tediato, en querer desenterrar el cadáver de su amiga, es sacrílega. Lo es también la idea del suicidio. No se rechaza

(57) *Solaya o los circasianos*, vv. 975-8. En la edición de Francisco Aguilar Piñal (Clásicos Castalia núm. 118, Madrid, 1982), p. 98.

(58) *Ob. cit.*, vv. 1674 y ss. En la edición de Aguilar Piñal, p. 126.

ninguno de estos propósitos dentro de la obra. Hay también en estos diálogos un hondo pesimismo acerca de la providencia, que más bien se identifica con la suerte o el destino, contra el axioma calderoniano de que no hay más fortuna que Dios. Según Tediato, es tan verosímil que el cielo nos destine un mal como un bien, y los males y los bienes de la vida son siempre inevitables (59). Tediato opina también que el cielo no protege al virtuoso y es indiferente frente a la iniquidad (60). Al final de la obra Lorenzo parece tan pesimista como Tediato al principio. Muy diferentes son las *Noches* de Cadalso de las de Young, que terminan con la idea optimista de un universo regido por una deidad benévola y vigilante.

Aun cuando Cadalso no fuera católico ortodoxo, es evidente que sus creencias suponían una fuerza moral en el mundo. Es más importante en sus escritos la ética que la teología. Propugna sobre todo la hombría de bien y la virtud. Esta, en un principio, es un objeto en sí. «La virtud sola es la cosa que es más amable cuanto más la conocemos y cultivamos», dice Ben-Beley, haciéndose eco de Epicuro, según el cual «nada hay más excelente ni más hermoso que la virtud» (61). Pero más allá de la satisfacción que resulta del cultivo de la virtud yace el ideal de la vida buena y activa. «Te deseo bastante fondo de [virtud]», dice Ben-Beley a Gazel, «para alabar al Ser Supremo con rectitud de corazón; tolerar los males de la vida; no desvanecerte con los bienes; hacer bien a todos, mal a ninguno; vivir contento; esparcir alegría entre tus amigos, participar sus pesadumbres, para aliviar el peso de ellas» (62). Las mismas ideas se desprenden de otros pasajes.

Esta búsqueda de la virtud es común a todos los hombres buenos, cualesquiera que sean sus creencias religiosas. Y lo cierto es que Cadalso equipara muchas veces las distintas religiones del mundo. El moro Alek, en *Don Sancho García*, y el moro Ben-Beley, en las *Cartas marruecas*, tienen una fe y una conducta tan admirables como las de cualquier cristiano. En una carta a Iriarte, Cadalso enumera los diferentes nombres de Dios —en hebreo, chino y vascuence— y no parece creer que se trate de deidades distintas (63).

Con esta tolerancia Cadalso se une a los grandes filósofos ilustrados de Europa. Parece más innovador en sus ideas religiosas que

---

(59) *NL*, 11.

(60) *NL*, 46. En la Carta a Florinda de Cadalso, el rey Rodrigo asevera que el cielo le ha permitido seducirla. Véanse los vv. 55-62.

(61) *CM*, 55. La cita de Epicuro se encuentra en un escrito del conde de Rebolledo. Véanse las *Selva militar y política* y *Selvas dánicas* en las *Obras* de Rebolledo (Madrid, 1778), II, página 11, 2v.

(62) *CM*, 55.

(63) *EAYE*, 120. Puede compararse esta cita con la equivalencia que se establece entre Ser Supremo, Dios y Alá en la Carta LXVIII (*CM*, 101).

en sus teorías políticas. Hay un abismo, al parecer, entre su generación y la de Jovellanos, Cienfuegos y Cabarrús en los años noventa. Pero quizá no haya tanta diferencia en el fondo. Sabemos menos acerca de las opiniones de Cadalso que de las de Jovellanos; es más difícil juzgar a aquél que a éste. Y si la crítica del monarca en las tragedias de Cienfuegos es mucho más atrevida que la de Cadalso, ¿no sería esto consecuencia de la diferencia entre Carlos III y su hijo? El reino del padre daba algunas oportunidades a personas no tituladas que sorprendieron a los viajeros extranjeros; el ambiente de progreso relativo (a pesar de sus interrupciones) ponía sordina, sin duda, a las críticas. El reino de Carlos IV, en cambio, desesperaba a los ilustrados, y la ambición creciente de Godoy les exasperaba. Era inevitable que su oposición y deseo de cambio fueran más ardientes y más revolucionarios.

*NIGEL GLENDINNING*

Spanish Department  
Queen Mary College  
Mile End Road  
London E1 4 N. S.  
INGLATERRA